

Cuentos del paraíso de las islas 06-1.1

EL ASCENSO DEL SELLA
Hacia un programa ideal para un rector

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 09-01-2023
Número de páginas: 5
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.eu
info@cedcs.eu

Cuentos del paraíso de las islas

06-1

EL ASCENSO DEL SELLA

06.1.- Hacia un programa ideal para un rector

1.5. Juan bravo y sus asesores; Borondón el Babilónico o el Antiguo.

INDICE:

1.- HACIA UN PROGRAMA IDEAL PARA UN RECTOR.

- 1.1. El rector Juan Bravo interpreta encuestas docentes con el método paranoico-crítico.
- 1.2. El encuentro de Juan Bravo con el emperador Marco Aurelio.
- 1.3. Juan bravo y sus asesores; Antón Dolores, el último teólogo.
- 1.4. "Y usted qué opina del aborto de las gallinas".
- 1.5. Juan bravo y sus asesores; Borondón el Babilónico o el Antiguo.
- 1.6. La muerte del cantante punki Picoletto.
- 1.7. Despedida del rector J.B.; un concierto de rock.

2.- EL ASCENSO DEL SELLA

- 2.1. El río Sella y la gran fiesta del carnaval de verano.
- 2.2. Hacia el mar por el mirador del Fitu, tras el juego de los abalorios.
- 2.3. La fuente del infierno en el puerto del Pontón.

Fin

06.1.- HACIA UN PROGRAMA IDEAL PARA UN RECTOR

1.5. Juan bravo y sus asesores; Borondón el Babilónico o el Antiguo.

No quiso escuchar a los amigos del Pikoletto – la Lilita y el Pipo, el Tutifruiti, Fitipaldi y la Charo, a los que conocía tan bien, sus "ojos y oídos", sus espías –, no quiso que le narraran los pormenores de la muerte del chico hasta que no pasaran unos días. Le bastaba su imagen final, allí tendido sobre el mármol nacarado del depósito de cadáveres universitario, la crestita caída hacia un lado con restos de pintura amarillo fosforito.

"La gloria y la infamia, el dolor y el placer, la riqueza y la pobreza... no son ni bienes ni males". Tres días de nuevo frente al mar, en la casa del naranjal de su antiguo amigo el Babilónico. Otro incombustible, pronto cincuentón. Algo así debían de ser los que los antiguos decían inmortales. O los chinos. Esa impasibilidad. La casa del Babilónico, presidida por la luna siempre, observatorio feliz.

El rector J.B. amaba visitar al Babilónico algunas lunas llenas del año, sobre todo las de la primavera. Su vitalidad era contagiosa y a su cerebro acudían las maquinaciones más extravagantes e imaginativas. Eso sí, de una absoluta coherencia lógica. Y eso fascinaba a Juan Bravo. A su lado había elaborado los primeros modelos paranoico-críticos, como gustaba denominarlos en honor de un viejo catalán aquíjotado ampurdanés. Del que se conservaba un espléndido mausoleo laberíntico y caprichoso.

- Tengo una novedad para ti, rector – fue la estimulante acogida del Babilónico a J.B., con un abrazo.

Acababa de ingresar en la espléndida biblioteca que era la casa del naranjal. "Un ensayo de biblioteca habitada", gustaba aclarar sonriente a quienes le visitaban por primera vez. Era un libro extraño y que había protagonizado ya un par de debates apasionados en la casa del naranjal. Los antropólogos, con algunos reparos – comprensibles –, eran ardientes defensores de algunas de sus tesis. El grupo de los más jóvenes principalmente.

Comenzaba como un relato de terror. De los clásicos, con Dráculas de arranque. Con una gran habilidad literaria, entre ambigüedades de mitologías y simbolismos, cultura popular y barbarie magdaleniense cantábrica, sumergía al lector en una sospecha aterradora.

- Hay que advertir – comentaba divertido el Babilónico – que es fundamental la habilidad literaria del autor, algo así como ingeniero social, esas modernidades rarísimas en su etiquetado...

La sospecha de que los moribundos alargaban sus agonías captando la energía de los seres queridos que le rodean, y de ahí la importancia de que fueran los más posibles, y hasta visitas, para tocar a menos. Para tocar a menos desgaste. Podía ser una sospecha aterradora en verdad, disgregadora del tejido social, que dicen, hasta límites terribles, tanto o más que la desintegradora o fragmentadora cultura de masas y consumo.

- Tremendo – musitó J.B. –. ¿Y es un trabajo meramente literario, pues?

- Exacto. De fabulaciones extravagantes. Excesos de mentes de frontera.

Esa peculiar vampirización – y citaba el Babilónico los lugares comunes del abate francés aquel que ni recordaba el nombre y los románticos sajones, tetricillos ellos – alcanzaba a explicar también asuntos como el matrimonio del viejo y la niña o el poderoso y la cautiva, y hasta el hondón del harén. Era fácilmente erotizable y proyectable por la fantasía lujuriosa, tan en el meollo de la cultura popular. Pero por ello mismo podría admitirse como posible certeza en esos mismos medios. Tremenda la disgregación de los vínculos que por naturaleza debían generar seguridad y protección. Pensó en recientes conflictos balcánicos y del Mediterráneo sur y oriental y se estremeció.

El Babilónico miraba divertido a J.B.

- Ese aspecto pudiera considerarse algo similar al camino izquierdo del mandala. El ascenso por una senda con un sin número (hasta 10.000) de peligros. El viaje de Tripitaka Tang hacia las escrituras búdicas de la India.

J.B. sonrió y le devolvió una mirada franca a los ojos del divertido Babilónico.

- Pero he aquí la continuación, querido amigo – continuó éste -. Tras elucubraciones o especulaciones intermedias que no vienen al caso, de lo hondo del horror consigue ascender el demente ingeniero social, o lo que sea, a la sublime imagen de la abuelita y el nietecito, y hasta el cálido vientre materno. La convivencia de abuelitos/as y nietecitos/as, de ancianos y niños así en general, con esa "vampirización" de energía/vitalidad por parte de los ancianos, eran benéficos para los pequeños, estimulante para su desarrollo físico y psicológico; al mismo tiempo que los ancianos captaban esa exuberancia de vitalidad infantil, la transformaban en sosiego y alegría...

Babilónico no había cesado de sonreír, su dentadura grande y perfecta. Concluyó.

- Ya te había advertido que en este ensayo peculiar la habilidad literaria es factor clave; consigue balancearte entre el mito, la observación antropológica y la poesía como si fueras una barquilla en una mar agitada.

El Babilónico le presentó al rector J.B. una encantadora muchacha que no llegaría a la treintena; traía consigo un rollo hindú con un dibujo de peces, formas romboidales cónicas y espirales.

- María de la Soledad Muñoz Dolores, prima de Antón, nuestro común amigo el último teólogo.

- Acabo de entrevistarme con él, en su refugio del sur. Me aconsejó seguir adelante. Tú, ¿qué opinas?

María de la Soledad desplegaba ante ellos un rollo hindú con sencillos dibujos populares. "Admirable la imagen del pez entre los egipcios como símbolo del elemento masculino de la procreación. Aunque es posible que nada tengan que ver entre sí estas dos representaciones". El rector J.B. saludó con una inclinación de cabeza a María de la Soledad y se volvió al Babilónico.

- Por favor, tú ¿qué opinas?

- No opino. Tienes a tu disposición toda la infraestructura informática y telemática de la casa del naranjal.

Ambos se abrazaron ante la mirada tierna de María de la Soledad, la luna apuntando, espléndida y redonda, por el horizonte marino de levante.

A veces Juan Bravo se sobresaltaba. "Aún puede haber solución. Si se consiguiera sanear las grandes compañías internacionales y los aparatos burocráticos..." Pero el sobresalto le duraba poco. Le parecía que se adentraba en lo utópico, lo que alarmaba en extremo a su presumido "ser realista". Se lo comentó al Babilónico en la despedida.

- No te preocupes. Eso nos sucede a todos – y le sonrió con su blanquísima dentadura caballuna y un poco bárbara –. Las tentaciones de los místicos antiguos.

La íntima convicción de que había que adentrarse aún más en el realismo imaginativo y abandonar la idea utópica de chalaneo y pretendida regeneración – aquello no tenía arreglo – , decidió al rector J.B. a rogarle a Tutifruti, en un descanso de su trabajo de coordinador de redes informáticas, que le narrara la muerte de Pikoletto.

Y se hartó de llorar. Como una doncellita burguesa antigua.